

decir, le cuentas cómo le conociste; haces la pintura de... de... lo guapo que es, del amor que le tienes, y... Hija, como hagas esto, según yo te lo digo, ten á tu Tomín por salvado...”

Lucila estupefacta, suspensa, miraba á su amiga como si dudara de lo que oía. Los morros de Domiciana, al soltar la palabra, le hacían el efecto de una trompeta de son estridente, desgarrador.

VI

“¡Pero usted se burla, Domiciana!—le dijo al fin Lucila cuando el estupor dió paso á la expresión clara del pensamiento.—¿En serio me aconseja que le cuente esto á la *Madre* y le pida su protección?”

—Seramente te lo digo... y tan cierto tendrás su divina protección como éste es día. Yo la conozco bien. Por grande que sea la culpa de Tomín, si le pides á la *Madre* el indulto, lo tendrás... Tus planes de escapatoria son desatinados. Si no vas por el camino que te marco, tú y tu capitán estáis perdidos... Fuera de este camino, no veas más que la muerte... ¡y qué muerte, pobrecilla!

—¡Ay, Domiciana: de una amiga como usted, que me quiere de veras, no esperaba yo ese consejo!—exclamó Cigüela triste, dolorida.

—¿Dudas que la *Madre* pueda sacarte de

ese Purgatorio? El poder de la *Madre* es tal, que con escribir su voluntad en un papelito y mandarlo á donde guisan, hace y deshace los acontecimientos, así en lo grande como en lo chico. Y diciendo ella “esto quiero,, no valen para impedirlo todos los Narvéez del mundo con sus bufidos de mal genio, ni la caterva de monigotes viles que llaman Ministros, los cuales no son más que refrendadores de lo que manda... quien manda. Ya tú me entiendes. Como la *Madre* diga: “sobreséase la causa del Sr. Tomín, y désele encima jamón en dulce,, ya puede estar tranquilo tu amigo... Los que hoy le persiguen, le ayudarán á ponerse las botas para que se vaya á su casa, y luego, cuando le vean paseándose libre por la calle, le harán mil carantoñas.

—Creo en el poder de la *Madre*—dijo Lucila,—creo también que sirve pero no de balde. Si concede un favor á tal ó cuál persona, es á cambio de otro favor, ó de que la adoren como á los santos. Nadie me lo cuenta, Domiciana; lo he probado por mí misma. Cuando empezó este martirio mío, no sabiendo á quién volverme, fuí al Convento á pedir protección. La *Madre* no quiso recibirme. Sor Catalina, que siempre fué conmigo muy cariñosa, me dijo que si quería protección para mí, ó para persona que me interesara, debía pedirla de rodillas con todas las señales del arrepentimiento, renegando de mi libertad, dejándome encerrar y corregir con remuchísimo aquél de severidad... Buena cosa que-

rían: cogirme, arrancarme el corazón que tengo, y ponerme otro de papel para que con él sintiera lo que ellas sienten: nada... la muerte... ¡Y por casa un sepulcro, y por ocupación el aburrimiento!... Esto no me conviene, esto no es para mí.

—Pero, Lucila—dijo la otra apoderándose de un argumento que creía de grande eficacia,—¿tú crees que en este mundo se logran nuestros deseos sin algo de sacrificio? ¿Querías tú que la *Madre* te salvara al hombre por tu linda cara, dejándote en libertad para seguir ofendiendo á Dios?... Ponte en lo razonable, y no esperes que te saquen de este pantano sin que digas: “A cambio de la vida y de la libertad de ese hombre, ahí va la libertad mía, ahí va mi amor; doy también mi vida: á Dios me ofrezco toda entera para que Dios, por mediación de sus ministros... ó ministras, devuelva la paz á un desgraciado.” Esto es lo meritorio, esto es lo cristiano.

—Eso...—dijo Lucila desdeñosa, disimulando su enojo con una violenta presión de la mano de mortero sobre la pasta,—eso se lo cuenta usted á quien quiera. Lo cristiano es favorecer al prójimo sin pedirle nada.

—Veo que no tienes pizca de trastienda, Lucila; por eso eres tan desgraciada, y lo serás siempre. Si llevas al convento tus cuitas y las cuitas del caballero de los ojos azules, ¿qué ha de pedirte la *Madre* á trueque de la salvación del sujeto? Pues nada entre dos platos. Te darán cama y comida;

te mandarán que confieses, no una vez, sino muchas. Ningún trabajo te cuesta confesar, ni el confesar á menudo con las penitencias consiguientes es para matar á nadie. Te sometes, te santificas, sufres un poquito, trabajas, rezas. De tu aburrimiento y soledad te consuelas pensando que el caballero está en salvo, que la policía no se mete con él, que le dan el ascenso, y vive bueno y sano, engordando y poniéndose cada día más guapetón.

—Domiciana—dijo Lucila traspasando á su amiga con la mirada,—ó es usted una hipócrita y me recomienda la hipocresía, ó es la mujer sin corazón, la mujer muerta, que así llamo á las que se han dejado secar y amojamar en los conventos, convirtiéndose en animales disecados como los que están en la Historia Natural. Cuando la conocí á usted en *Jesús*, la tuve yo por mujer viva; pero ahora me habla como las muertas. No sabe lo que es amor, no tiene idea de él; tiene el corazón hecho cecina, y con la uña me ha desgarrado el mío, que vive y sangra... Domiciana, no sea usted cruel, no me martirice...

—Tontuela, yo seré todo lo marchita que tú quieras; pero sé discurrir y veo las cosas con claridad—replicó Domiciana ansiosa de mortificarla.—Para que te salven al caballero ese, tienes que renunciar á él, ser mujer muerta. ¿Pues qué quieres, niña? ¿Que la religión te saque de este mal pase y encima te dé cabello de angel y tocino del

cielo? No puede ser. Si quieres que él viva, es preciso que tú te amojames... Ya sé yo lo que temes... Aunque desconozco el amor, ¡maldito amor!, he calado lo que piensas. Tú dices: "¡Pues estaría bueno que mientras yo me estoy aquí reza que te reza y secándome y acecinándome, mi Tomín, salvado por mí, ande por esos mundos divirtiéndose con otra!," ¿Acierto?

—Eso he pensado, sí. No quiero, no, venderme á las monjas por la salvación de Tomín.

—Pues mira tú: hay un medio de conciliarlo todo. Te vas á *Jesús*... haces tu trato con la *Madre*; te encierras, te dejas disciplinar y penitenciar todo lo que quieran... siempre con la reserva mental de volver á escaparte cuando estés bien segura de que Tomín está en salvo...

—¡Hipócrita, más que hipócrita!... ¿Y cuánto duraría esa comedia?

—Poco tiempo... quince días, un mes... ¿No tienes confianza en tu Tomín? ¿Dudas que te guarde fidelidad en plazo tan corto?... Si lo dudas, pónle bajo mi custodia en ese tiempo. Yo, como mujer muerta y corazón convertido en bacalao, no debo infundirte celos. Yo seré para él como una madre, como una hermana mayor, y le trataré á la baqueta, no le dejaré respirar, leyéndole á todas horas la cartilla: "Eh, caballero, ándese con tiento, que si antes estuvo condenado á muerte, ahora está condenado á fidelidad y gratitud, bajo mi vigilancia. Para salvarle

á usted se puso en esclavitud, digamos en rehenes, con Dios, una mujer de tierno corazón. Si usted cumple como caballero, guardándole consecuencia, ella cumplirá como señora, escabulléndose lindamente de su prisión, y así volverán una y otro á juntarse... Esto le diré, y con mis exhortaciones y el cuidado que he de poner en vigilarle y seguirle los pasos, te le tendré bien sujeto... ¿Qué?... ¿te ríes? ¿No te parece sutil esta combinación?

—Demasiado sutil...—contestó Lucila con graciosa desconfianza.

—¿No me tienes por buena guardiana?

—No me fio..."

La monja ladina alargaba los morros afectando toda la seriedad del mundo. Mirábala Lucila entre burlona y asustada. En sus labios oscilaba ese mohín del niño, que no sabe si reír porque le entretienen ó llorar porque le asustan. Y repitió la frase: "No me fio"... Tras una pausa en la cual Domiciana frunció su tenebroso entrecejo y dió á los morros toda la longitud posible, Cigüela, casi casi compungida, volvió á decir: "No me fio, Domiciana.

—Pues si soy mujer muerta y corazón disecado, ¿qué temes?

—Por si acaso, Domiciana, por si acaso no fuera usted como yo creo...

—¿Esta combinación no te peta? Peor para tí... porque no hay otra, Lucila.

—Si para que la *Madre* me favorezca necesito engañarla, y birlar á la Comunidad,

me quedo donde estoy. ¡Pobre Tomín!... Moriremos juntos.

—Sí, sí: á eso vais.

—Ya me dió un vuelco el corazón cuando usted nombró á la *Madre*. Desde el día en que allí estuve y me despidió Sor Catalina con las despachaderas que usted sabe, no he vuelto á parar mientes en aquella casa. Por la *Madre* siento respeto; pero nada más que respeto... Cierto que no es una mujer como las *naturales*... Algo hay en ella que es... de ella nada más; pero nunca he podido quererla...

—Yo sí,—dijo Domiciana con firme acento; y la vaguedad de su mirada, perdida y parada como la de los ciegos, indicaba que su mente perseguía las imágenes distantes.

—¿De veras la quiere? Será porque ha sido buena para usted. ¿Y cree usted en las llagas?

—¿Cómo he de creer en las llagas, si sé cómo se hacen? Alguna vez ha recurrido á mí para que se las reprodujera cuando se le estaban cicatrizando. Tengo el secreto: la misma monja que reveló á Patrocinio este artificio me lo enseñó á mí, una vieja que murió cuando aún estábamos en el Caballero de Gracia: Sor Aquilina de la Transfiguración, aragonesa ella. Pues sí: sé hacer llagas. Ello es bien fácil. Tengo la *clemátide vitalba*, que el vulgo llama *yerba pordiojera*. ¿Quieres probarlo? Verás qué pronto...

—No, gracias. No me llama Dios por ese camino.

—Ni á mí. Por eso jamás me pasó por la cabeza llagarme á mí misma... Las razones que ha tenido Patrocinio para ponerse los estigmas son de un orden superior, y no debemos meternos á decir si hace bien ó hace mal... Lo que en tí ó en mí, que somos tan poco y no valemos para nada, sería bárbaro, pecaminoso, y hasta sacrílego, en otras personas, llamadas á empresas altas por méritos de su caletre y de su voluntad, puede ser bueno, necesario y hasta indispensable. ¿Qué dices? ¿Que no entiendes esto, bobilla?

—Yo, Domiciana, pienso siempre por derecho: creo que lo que es malo en mí, malo ha de ser en las reinas y emperatrices.

—No estamos conformes. Eres una simpletona y no conoces el mundo. Corto tiempo has estado en el Convento, y eso en días en que allí había poco que aprender. Veinte años, los mejores de mi vida, pasé yo en la Comunidad, y en tiempos tales, que entonces fué la casa como un pequeño mundo, dentro del cual el mundo grande de nuestra España estaba como reproducido y encerrado. ¿Me entiendes? Pues yo, por lo que allí he visto, puedo dar fe de las grandes dotes y facultades que el Señor concedió á Patrocinio. No hay mujer como ella. Yo la admiro, por muchas razones; por otras la temo...

—Y por otras la quiere... ha dicho usted que la quiere.

—Y no me vuelvo atrás. Para que te haga cargo de las razones de este querer

mío, así como del admirar y del temer, será preciso que yo te cuente muchas cosas... ¿No te parece que ya hemos trabajado bastante?

—Yo, la verdad, no estoy cansada. Deme otra cosa que majar.

—Antes descansemos y merendemos. Hagamos un alto en nuestros afanes para cobrar fuerzas... No podrás negarme que estás desfallecida... Se te abre la boca y se te caen los párpados. Recógeme todo eso... No: yo lo recojeré mientras tú bajas á la calle, y te traes dos pares de bartolillos de la pastelería de Cosme. Toma los cuartos. Mejor será que traigas media docena: los remojaremos con un rosolí exquisito que me mandaron los de la botillería de la Lechuga, para reparo del estómago en las mañanas y en las tardes frías...»

Salió la moza diligente, y en el rato que estuvo fuera, recogió la ex-monja los ingredientes que en la mesa de trabajo había, ordenándolo todo en otro sitio. Después sacó de un estante la botella de rosolí, y dos copas. Al salir Lucila por los bartolillos, había reparado Domiciana en los rojos zapatos puntiagudos que calzaba su amiga, y cuando la vió entrar fijó más en ellos su atención, diciendo: "Has de contarme de dónde sacaste esos chapines tan majos, y luego trataremos de que me los des á cambio de otro calzado, porque te aseguro que me gustan muchísimo, y quiero ponérmelos y usarlos dentro de casa...". Contestó Lucila que dispu-

siese de aquella prenda y de cuanto ella poseía, y acto continuo se sentaron y cada cual la emprendió con un bartolillo, Domiciana como golosa y Lucila como hambrienta.

VII

Sirviendo á su amiga el dulce rosolí, é invitándola á no ser demasiado melindrosa en el beber, la exclaustrada dió principio con desordenado plan y gracioso estilo sus cuentos monjiles: "Yo entré en el Convento cuando aquel mal hombre y peor Rey Fernando casó con Cristina... no: cuando ya estaban casados, y Cristina en cinta de Isabel. Me movió á ser monja una tema de chiquilla tonta y cabezuda, y el odio á mi madrastra, Faustina Baranda, de esa familia de peleteros establecida en la calle Mayor, y cinco años estuve en aquella vida boba sin percartarme del gran desatino que había hecho. Fué mi madrina en la profesión Doña Victorina Sarmiento de Silva, dama de la Infanta Carlota... Pues como te digo, caí de mi burro á poco de tomar el hábito y cuando ya mi locura no tenía remedio. De novicia, ví los primeros milagros de Patrocínio, que en el siglo se llamó Dolores Quiroga y Caco-pardo, y las entradas del Demonio en nuestra santa casa... Terribles dudas tuve al principio; pero como ya entonces era yo muy

reparona y todo lo observaba, llegando hasta no creer en ningún fantasma que no viese con mis ojos y tocara con mis manos, pronto me convencí de que el diablo intruso y visitante era un fraile de Sigüenza, que entraba por las habitaciones del Vicario y á los tejados se subía, y á los claustros y celdas bajaba. Otra novicia y yo, las dos valientes y decididas, le acechamos una noche, y corriendo tras él y agarrándole por donde pudimos, yo me quedé con un pedazo de rabo en la mano, el cual era como una cuerda fofrada en bayeta roja, y mi amiga le arrancó un cuerno, que resultó ser al modo de un gordo chorizo de sarga verde, relleno de pelote... Como se confunden en mi cabeza los recuerdos y no puedo fijar bien el orden de los sucesos, te diré que antes ó después de aquellas visitas infernales recibía nuestra Comunidad en el locutorio las de D. Carlos María Isidro y su mujer Doña Francisca, y con ellas las de innumerables señorones del bando absolutista, que era el de nuestra devoción. En clausura entraban cuando querían un capuchino llamado el Padre Alcáraz, el Padre la Hoz, que á muchas de nosotras confesaba, Fray Cirilo de Alameda y otros del mismo fuste. El Padre Arriaza, que luego nos pusieron de Vicario, no creía en la santidad de Patrocinio, y tuvo con ella y con la Priora no pocos altercados. Nosotras, acechando fuera de la puerta de la celda prioral, oíamos el run run de las voces, y luego veíamos salir á la Priora sofocada, á Patro-

cinio fresca y sonriente, desafiando al mundo entero con aquella serenidad que nos llenaba de admiración.

„Que todas allí éramos carlinas furiosas, no tengo por qué decírtelo. Adorábamos á D. Carlos, y aunque en Patrocinio veíamos actos de la mayor extravagancia, creíamos en ella, por aquel don magnético que tenía y tiene para imponer sus ideas, sus propósitos y hasta sus milagros. Podían ser falsas las llagas, pero las reverenciábamos; podía ser impostora la llagada, pero embargaba los ánimos con la blancura de su rostro y con su voz meliflua, con aquel modito suave de decir las cosas y de hacerlas, con aquel amor verdadero ó falso que á todas mostraba, y al cual correspondían nuestros corazones, tan necesitados de un querer entrañable en vida de tanto hastío y soledad... La queríamos, Lucila, porque cuando una es monja, no se satisface con el amor de los santos ó santas de palo, y quiere santos vivos, sean como fueren. Patrocinio, mujer extraordinaria, tuvo el arte y el valor de hacerse santa viva: de este modo conquistó el afecto de sus hermanas, y de muchas personas de fuera que la visitaban con admiración, con fervor, con todo el sentimiento místico que el alma guarda y acaricia para emplearlo en lo primero que salga... ¡Pues no te quiero decir lo que nos maravilló el caso de desaparecerse Patrocinio sin que en la casa quedara rastro de ella, y aparecerse luego á horcajadas en el tejado, con el rostro tan bien encendi-

do en un divino resplandor que parecía una celestial visión!... Bajaba de aquel lugar eminente, y después de ponerse á orar nos contaba que, arrebatada por el Demonio en una nube densa, fué conducida al camino de Aranjuez, y del camino al Palacio del Real Sitio, donde había visto con sus propios ojos á la Reina María Cristina en tal descompostura de ademanes, que con ello bastaba para tenerla por malísima mujer... que luego la transportaba el mismo diablete á la Sierra de Guadarrama y al Real Sitio de San Ildefonso, y allí veía y comprobaba que Isabel no podía ser Reina de España; por fin, después de otras milagrosas visiones y avisos, en demostración de que D. Carlos ceñiría la corona, el Demonio nos traía de nuevo á nuestra compañera montadita en la nube, y nos la ponía en el tejado, no sin algún quebranto de huesos de la monja volandera... ¡Habías de ver su cara y sus modos cuando nos contaba tales prodigios! Yo, sin creerlos, me dejaba vencer de no sé qué respeto al arte superior y nunca visto de tal mujer, y hacía coro á las alabanzas, á los regocijos, á las esperanzas de mis compañeras, que veían en todo ello días gloriosos para la Orden.

„Patrocinio, cuando no estaba en oración, se pasaba las horas en su celda escribiendo cartas. Llevaba larga correspondencia con personas desconocidas de fuera, que la tenían al tanto de todas las intrigas y diabluras masónicas... Pero un día vino el Demo-

nio, por cierto todo vestido como un oso, y arrebatándole los papeles, salió, dejando tal peste de azufre que no podíamos respirar. ¿Era este diablo el mismo que se la llevó en una nube á los Reales Sitios? Yo entonces nada sabía. Después entendí que el segundo Lucifer era el Padre Alcaraz, que había reñido con el Demonio de marras; supe también que el viaje no había sido por los aires, sino por tierra, y no á los Sitios Reales, sino al convento de Cuéllar, donde desterrado estaba el fraílón de Sigüenza, confesor que fué de Patrocinio. Bien podíamos decir: riñen los diablos y se descubren los hurtos.

„Pues ahora daré un brinco en el relato: tengo que decir lo primero que me salta á la memoria. Si no es por la traición de Maroto, no habría quien le quitara la corona á D. Carlos... Patrocinio, mujer de gran pesquis, en cuanto tuvo noticia del convenio de Vergara, empezó á entenderse con los diablos cristinos, y con los *angélicos ó isabelistas*... Mucho antes de estos días... y ahora doy otro brinco para atrás... empecé yo á sentir en mí el hastío y la repugnancia de la vida monástica; y de tal modo se me iba sentando en el alma el desconsuelo, que no tenía un rato de paz; perdí la salud, y me entraron las murrias más horrorosas que puedes figurarte. Y es que como había visto tantos diablos que entraban y salían, y á más de los diablos, diabluras tantas dentro y fuera de la casa, me sentí también un

poco diabla, y harta de convento, no ví mejor remedio que las diabluras para salirme de él...

„Déjame que pegue ahora otro brinco, no sé si hacia delante ó hacia atrás, porque el encadenado de las cosas en el tiempo se me borra de la cabeza... Por aquellos días empecé á sufrir los achaquillos de no dormir, de querer pegar á dos monjas que solían hacerme burla, y el irresistible deseo de clavarle un alfiler gordo en la nalga á la Hermana que tenía más próxima. Cuando me entraba el mal, ó daba satisfacción al antojo, ó me entraban unos vapores que me ponían á morir... Y cádate aquí á Patrocinio procesada. Después de tanto absolutismo, vinieron al poder progresistas masónicos, y la emprendieron con nuestra santa. Del disgusto que á todas nos causaron aquellas trapisondas (y el proceso fué por los papeles que le robó el maldito diablo), yo me puse peor; me entró una tristeza tal, que en ella me hubiera consumido si no quisiera Dios enviarme una distracción, un consuelo, con que me fuí recobrando, y al fin se me fortaleció el seso y me volvieron las ganas de vivir. Desde los primeros años de la vida claustral solía entretenerme cogiendo hierbas en la huerta, aprendiendo á distinguirlas y á conocer sus cualidades y virtudes. Esta, en cocimiento, es buena para las muelas; aquélla, en infusión, inspira pensamientos alegres; tal otra, purga á los pájaros; cuál otra, blanquea y afina las manos.

„Y ahora otro saltito. Cuando el tribunal masónico dispuso que, para observar á Patrocinio y ver si eran verdaderas ó fingidas sus llagas, la trasladasen del Convento á una vivienda particular; cuando fué llevada nuestra santa á la casa de D. Wenceslao Gaviña, en la calle de la Almudena, y de allí á las Recogidas, se ordenó también desocupar el Convento del Caballero de Gracia. Al de la Latina nos mandaron, donde por ser la huerta muy chica y pobre de vegetación, no encontré el solaz que me daba la vida, y tan mala me puse, que medio muerta me despacharon para Torrelaguna. ¡Oh! allí fueron mis delicias, porque á más de encontrar abundancia de toda la maravilla vegetal que derramó Dios por el mundo, también me deparó su Divina Majestad á Sor Facunda de los Desamparados, valenciana, que es la primera sabedora del mundo en achaque de hierbas y sus virtudes, y sobre la ciencia y experiencia, poseía una divina claridad para dar razón de todo. Allí mis goces de hortelana, de herbolaria y de farmacéutica fueron tan vivos, que hasta las obligaciones religiosas se me olvidaban, y más de una vez me reprendió y castigó la Priora... Pero yo lo llevaba con paciencia; no se me ocurría clavar alfileres gordos en las caderas de nadie, y me sentía fuerte, rebotando salud...

„Y con tu permiso, pego aquí otro salto, en el espacio más que en el tiempo. Viéndome repuesta me llevaron á Madrid. ¡Adiós

mi Sor Facunda del alma, adiós alegría de mi huerta y de mis queridísimos hierbatos! ¡Oh, qué tristeza me causó Madrid! En el tiempo de mi feliz residencia en Torrelaguna, habían ocurrido muchas cosas: cambio de personal y aun de casa, porque ya la Comunidad no estaba en la Latina, sino en Jesús... Por cambiar, hasta la política era otra, pues los carlinos figuraban poco, y eran amos de España los isabelinos con su Reina imperante. Sor Pilar Barcones, ancianita, seguía de Priora; pero la que nos gobernaba realmente era Patrocinio, maestra y madre de todas nosotras. Con satisfacción y orgullo veíamos el sin fin de personajes que iban á platicar con ella. El señor Infante Don Francisco presentó á su hijo, ya Rey ó marido de la Reina; éste llevó á su esposa, y tras estos egregios visitantes, iban Duques, Condes y Marqueses con sus mujeres y otras que no lo eran... Jubileo más lucido no se vió nunca. Patrocinio, á mi regreso de Torrelaguna, me pareció una figura enteramente celestial. ¡Qué blancura de tez, qué caída de ojos, qué majestad en las posturas, y qué modito de hablar echando las palabras como si fueran ecos de otras que sobre ella en invisibles aposentos se pronunciaran! Comprendí entonces su poder, y que Reina y Rey se postraran ante ella... Tan mística era su hermosura, tan soberanos sus modos de andar, de sonreír, de llamar á una de nosotras para que se acercase, y tan dulce el timbre de su voz, que causaba en los que

la veían y oían por primera vez efecto semejante al de la presencia de un sér sobrenatural. Te contaré un caso para que te maravilles. Cuando la llevaron á las Magdalenas, una monja de fe muy viva, que había oído contar sus milagros y creía en ellos como yo creo en la luz del sol, en cuanto la vió quedóse como pasmada; se le doblaron las rodillas; el rostro de Patrocinio fué para ella como un conjunto de la claridad de todos los rayos y centellas del cielo... La pobre monja dijo: "¡Ay, Jesús!..", y se quedó ciega.

—Pues esa era la ocasión —dijo Lucila prontamente, —de probar la *Madre* su santidad, porque debió llegarse á la pobre monja, y ponerle la santa mano en los ojos y decir con arrebató: "Ojos engañados, en nombre de Dios os mando que veáis.."

—Algo de eso hizo Patros; pero no consta que la otra recobrará la vista, y sólo al cabo de unos días empezó á ver algo por el ojo derecho, quedándose con el izquierdo á obscuras... En fin, yo te cuento el prodigio como me lo contaron, y lo que haya de verdad ya lo dirán las escrituras... Pues sigo: si me fué muy grato ver que la *Madre* me tomaba cariño, por otra parte me causó un dolor muy acerbo cierto día, diciéndome que moderara mi afición á la botánica y á la composición de menjurges caseros... así lo llamaba, con desprecio de cosa tan útil como aquel arte mío mal aprendido. Ya ves: yo que no me había puesto tasa en la admiración de ella, ya la temía tanto como

la admiraba... Disimulé un poco mis aficiones, que cada día se apoderaban más de mi pobre alma sepultada en aquella región del fastidio. Hablando yo conmigo misma ó con Dios en la soledad de mi celda, me comparaba con Patrocinio; llegaba á creermé que tenía delante de mí su rostro blanquísimo, sus ojos que ven los pensamientos, sus manos de cera con los estigmas de las llagas, sombrero entre rosado y verdoso... Y viéndola de presencia, como hechura de mi imaginación, le decía: Tú haces milagros, y yo combinaciones naturales, que son los milagros de la tierra; tú trabajas con las cosas que están por encima de las nubes, con lo invisible y espiritual; yo trabajo con plantas humildes que tú pisas creyéndolas cosa despreciable. De estas plantas extraigo zumos, de otras aprovecho las flores, las raíces, las cortezas, y preparo bebidas medicinales, ingredientes que sirvan para realzar la hermosura, ó para mil usos y aplicaciones útiles de la vida que, por ser tantas, no se pueden contar. Tú haces tus arrumacos y tu arte de los cielos para dominar á las criaturas y someterlas á tu mando, para ayudar ó estorbar á Reyes y Ministros en el mangoneo de la dominación, ó en guiar á ese ganado hombruno que, como el ovejuno y el vacuno, se deja llevar por el miedo ó por el engaño. Yo no aspiro á gobernar á nadie, sino á ser útil á unos cuantos, y á emplear mis días en un trabajo modesto que á mí me sostenga y me dé mejor y más cómoda vida.

Tú manipulas con lo divino, yo con la Naturaleza, y en mis milagros no entran para nada el Dogma, ni la Pragmática Sanción, ni la Legitimidad; no entran más que las hierbas de Dios, el agüita de Dios, y el fueguito de Dios...

„Estole decía yo en mis pláticas solitarias, y aun creo (no puedo asegurarlo) que se le dije de palabra viva, frente á frente, en alguna de las agarradas que tuvimos cuando me llamaba á su celda para reprenderme..”

VIII

Por segunda ó tercera vez escanció rosolí en las dos copas, y pasando por el gáznate un buche de agua para aclarar la voz, prosiguió de este modo: “De entonces, y digo entonces por no poder marcarte la fecha, datan mis mayores trastornos. Las paredes y el techo de *Jesús* se me caían encima. Las locuras de otros días se repitieron con mayor gravedad; yo no me contentaba con dar gritos, sino que se me salían de la boca, sin pensarlo, palabras feísimas, las más feas que hay, y que yo no había dicho nunca. Pasados días me divertía mucho asustando á las monjas; mejor será decir que me vengaba. Algunas no me podían ver. El susto de más efecto era figurar que me ahorcaba, y apretándome el cordel y sacando la lengua,